

refugiaron á Astorga, donde se hicieron fuertes. La reina y el obispo se fueron por las asperezas de Asturias á Santiago, huyendo de encontrarse con las vencedoras tropas de Aragon, y sufriendo los rigores de un crudísimo invierno ⁽¹⁾.

Hecho en Galicia un llamamiento á todos los que se les conserváran fieles, pronto pudieron la reina y el obispo salir de nuevo á campaña con mayores fuerzas, marchando en auxilio de los de Astorga, á quienes sitiaba ya el aragonés. Venía ahora como auxiliador de los castellanos y gallegos capitaneando las tropas, el conde Enrique de Portugal que otra vez habia mudado de partido y arrimándose al de la reina de Castilla. Temió Alfonso de Aragon este poderoso refuerzo, levantó el cerco de Astorga y se retiró al castillo de Peñafiel ⁽²⁾, á la parte de Valladolid. Cercáronle allí los castellanos, portugueses y gallegos (1112). Durante este sitio ocurrieron graves desavenencias entre doña Urraca, don Enrique de Portugal y su esposa doña Teresa, la hermana de la de Castilla, que habia acudido allí, y que produjeron entre ellos nuevas y serias escisiones, y la retirada del portugués ⁽³⁾.

(1) *Per gravia itinera et laboriosos montes, frigidisque nivibus et glacie proterita hiemis.* Hist. Compost. l. 7. c. 73.

(2) Anal de Sahagun, c. 21. —La Compostelana dice á Carrion. Seguimos en esto al de Sahagun, que escribía mas cerca del teatro de los sucesos.

(3) ¿Qué movía al de Portugal

á pasarse con tanta frecuencia de uno á otro bando, y que habia ocurrido para que le veamos tan pronto de auxiliar como de enemigo, ya del rey de Aragon, ya del de Galicia, ya de la reina de Castilla? En esta complicadísima madeja de sucesos no es fácil dar cuenta de todos los episodios é incidentes si no se ha de interrumpir

Por otra parte la llegada de un legado del papa enviado para poner término á tantos males y llevar á efecto la definitiva separacion de Alfonso y Urraca, dió nuevo rumbo á los negocios, celebrándose por intervencion de los principales señores de Leon y de Castilla una especie de concordia, en que se acordó se hiciese distribucion de castillos y lugares entre el rey y la reina, á condicion de que si el rey perjudicase á la reina y faltase á los pactos la defenderian todos, mas si esta traspasase la convencion, todos favorecerian al rey.

Pronto mostró el aragonés la mala fé con que habia hecho aquel asiento y capitulacion. Apoderábase

pir á cada paso el hilo de la narracion principal. Pero veamos como esplica la versátil conducta de este importante y revoltoso personaje un moderno historiador de Portugal, que ha estudiado bien este periodo, como principio que fué de aquel reino.

Después del triunfo de Alfonso y Enrique en Campo de Espina, el ejército de los dos aliados entró en Sepúlveda. Algunos nobles castellanos á quienes unian lazos de antigua amistad con el portugués, representáronle cuánto mas digno sería de su persona que hiciera causa comun con ellos que con el enemigo de Leon y de Castilla; dijéronle que si tal hiciera le nombrarian jefe de sus tropas é inducirian á la reina á que repartiese con él fraternalmente una parte de los estados de Alfonso VI. Halagaron al ambicioso é inconstante Enrique aquellas razones, y abandonando otra vez el partido

del de Aragon, fué á presentarse á doña Urraca, la cual confirmó las promesas hechas por los barones. Juntos, pues, caminaron á Galicia, y unidos hicieron la expedicion de Astorga y Peñafiel. Sitiando estaban esta villa, cuando llegó al campamento la condesa de Portugal, Teresa, hermana de Urraca y esposa de Enrique, que venia á unirse con su marido. Esta señora, que no cedia ni en ambicion ni en espíritu de intriga á mismo conde, instigó á que antes de todo exigiese á su hermana la realizacion de la prometida particion de estados, espiándole que era una locura estar arriesgando su vida y las de sus soldados en provecho ajeno. Dióle Enrique oídos, y comenzó á instar por que se le cumpliese lo pactado. Agregábase á esto que los portugueses nombraban á doña Teresa con el título de reina, todo lo cual ofendía el amor propio de

de los castillos y lugares que en la concordia habian tocado á la reina, y propasóse hasta querer lanzarla del reino. Ofendidos de esto los castellanos, y acordándose de que doña Urraca, á vueltas de sus flaquezas y defectos, era su reina legítima, y considerando además que don Alfonso era el quebrantador del pacto, declaráronse en favor de ella, y obligaron al aragonés á abandonar la Tierra de Campos, y refugiarse en el castillo de Burgos. Alentada la reina, y protegida por fuerzas de Galicia, marchó allá en persona contra don Alfonso, y con tan feliz éxito que se vió este forzado á rendir el castillo y á retirarse á sus estados. Todavía desde allí se atrevió á enviar emba-

doña Urraca como reina y como muger, y en su resentimiento púsose en secretas inteligencias con Alfonso, y levantando el cerco con pretexto de satisfacer las pretensiones de Enrique y de Teresa, se encaminó con ellos á Palencia. Hizose allí, por lo menos nominalmente, la particion prometida. Solo se le entregó el castillo de Cea, y con respecto á Zamora, que era una de las ciudades mas importantes que tocaban á Enrique, determinóse que fuera á recobrarla con tropas de la reina. Pero esta previno secretamente á sus caballeros que, tomada que fuese la ciudad, no se la entregasen. Con esto se encaminaron las dos hermanas á Sahagun, cuyos habitantes eran parciales del aragonés. Doña Urraca se separó allí de su hermana, dejándola en el monasterio, contra cuyos monjes, como señores de la villa, abrigaban odio grande los del pueblo, y

ella se fué á Leon. Fáciles de imaginar cuál seria la indignacion de don Enrique cuando supo el desleal comportamiento de la reina de Castilla, su cuñada, y cuando vió de esta manera fallidos todos sus proyectos. Entonces resolvió hacer á un tiempo la guerra á los dos reyes. Cuando despues se juntaron Alfonso y Urraca en Carrion, Enrique fué á poner sitio á la villa; mas por causas que la historia no declara, acaso porque viese malparada la suya, retiróse el portugués con los nobles que le seguian. Todavía continuó por algun tiempo en su politica incierta y versátil este conde, sin renunciar nunca á sus ambiciosos planes y á sus sueños de dominacion en Castilla, hasta que la muerte atajó unos y otros en 4.º de mayo de 1144 en Astorga.—Anónimo de Sahagun.—Hercul. Hist. de Portugal, lib. I.

adores á Castilla, solicitando volver á unirse con la reina y prometiendo ser fiel cumplidor de los pactos, y todavía los castellanos se inclinaban á complacerle en obsequio á la paz, que tal era el ánsia de quietud que tenían. Merced á la enérgica oposicion que hizo el obispo de Santiago á que reanudára un matrimonio declarado ya por el papa incestuoso y nulo, fué desechada la propuesta de Alfonso. Tan obcecados estaban algunos que la oposicion de Gelmirez le puso á riesgo de perder la vida despues de ser insultado. La reina fué la que se le mostró mas agradecida, y en su virtud hizo con el prelado un pacto de estrechísima alianza (junio de 1143.) Sin embargo la declaracion solemne y formal de la nulidad del matrimonio solo se hizo algunos meses mas adelante en un concilio celebrado en Palencia, promovido por el arzobispo de Toledo don Bernardo y presidido por el legado del pontífice Pascual II.

Muy lejos estuvieron de terminar por esto los disturbios, las calamidades, las intrigas, las miserias, las ambiciones, los atentados, las deslealtades, inconsecuencias, excesos, venganzas y desmanes de todo género á que estaba destinada la monarquía castellano-leonesa en este malhadado período. Aparte de no haber cesado las pretensiones del de Aragon, de haber quedado ocupadas muchas plazas por guarniciones aragonesas y de alzarse todavía bandos y sublevaciones en favor de aquel monarca, ó tomándole al

menos por pretexto, quedaban dentro de Castilla elementos sobrados de turbaciones y revueltas, comenzando por la reina y acabando por los últimos burgeses, que envolvieron al reino en un laberinto de inestinas luchas más fácil de lamentar que de describir. Desprestigiaban á doña Urraca, además de sus anteriores flaquezas, las intimidades, por lo menos sospechosas, con don Pedro Gonzalez de Lara, de quien confiesan sus mismos defensores que «estaba unido con ella en lazo muy estrecho de amor⁽¹⁾» y de cuyas comunicaciones existía una prenda en el hijo de ambos don Fernando Perez *Hurtado*, si bien los escritores que salen á la defensa del honor de la reina intentan legitimar el nacimiento de este hijo con el matrimonio que dicen más ó menos públicamente celebrado entre doña Urraca y el de Lara. Por otra parte cómo barruntase que el obispo Gelmirez movía tramas en Galicia á favor del infante Alfonso indisponiendo los ánimos contra la reina, pasó allá doña Urraca, intentó prender al prelado sin tener en cuenta la reciente alianza, resistió él con resolución, é interviniendo los nobles gallegos, reconciliáronse otra vez la reina y el obispo (1114).

Nada más distante que la buena fé en estas concordias, y todo lo habría en ellas menos sinceridad. Apenas la reina se había retirado de Galicia tuvo aviso

(1) Hist. Compost. lib. II.—Florencia 257.
rez, Reinas Católicas, tom. I. pá-

*de que el conde de Trava en connivencia con el obispo de Santiago su amigo íntimo, pretendía despojarla de su autoridad, ó por lo menos desmembrar su reino para formar un estado grande é independiente para su pupilo. Los autores de la Historia Compostelana que escribían por encargo de Gelmirez procuran justificar al prelado del cargo de infidelidad á su soberana, diciendo que eran calumniosas imputaciones que los malévolos inventaban para malquistarle con la reina, pero la índole del prelado, mal encubierta por sus mismos panegiristas, hace demasiado verosímiles los ocultos manejos que le atribuían. Ello es que la reina volvió nuevamente á Galicia (1115), resuelta otra vez á prender al mañoso y artero obispo, el cual resistió ya á mano armada, en términos de obligar á la reina no solo á ceder débilmente de sus intentos, sino á desenojarle con humillaciones indignas de la magestad, jurándole que no daría oídos á sus émulo é instigadores, y que antes perdería el reino que volver á ofenderle. Estos propósitos no fueron de más duración que los anteriores. Fuesen ó no ciertas las maquinaciones á que dicen volvió el turbulento prelado, por tercera vez intentó la reina su prisión; entonces Gelmirez arrojó la máscara y se declaró abiertamente en favor del príncipe, y con él muchos barones de Galicia, con lo cual el de Trava que figuraba á la cabeza del partido, se encaminó con su regio pupilo á Santiago. La reina, á quien en medio de

la ligereza de su carácter no faltaba actividad ni resolución, marchó derecha y precipitadamente á aquella ciudad con cuantos caballeros pudo reunir de los que seguían su bando, procurando al propio tiempo ganar al obispo Gelmirez ofreciéndole satisfacciones y escitando su codicia con mercedes y cesiones de castillos que hacía á su iglesia para tenerle favorable. Prosiguió á pesar de todo el prelado favoreciendo el partido del príncipe, declarando perjuros á todos los gallegos que le fuesen infieles (1116).

No pensaba así el pueblo de Santiago, que aborreciendo á su obispo, despues de haber hecho salir al niño rey con la condesa de Trava su tutora, abrió á la reina de Castilla las puertas de la ciudad. Refugióse el revoltoso prelado con su gente de armas á las torres de la iglesia: los burgueses entraron á saco el palacio episcopal, proclamándole rebelde y enemigo y pedían su deposición; los soldados del de Trava se pasaban á las filas de la reina, y por último á mediacion de algunos nobles vino el apurado obispo á buenas y compúsose con doña Urraca asentando otra paz semejante á las anteriores. Con esto la reina de Castilla salió en persecucion de los partidarios de su hijo, y especialmente del conde Gomez Nuñez que tenía por él algunos castillos. Sitiado se hallaba ya el conde gallego, cuando la reina se vió á su vez inopinadamente sitiada por un nuevo enemigo. Este nuevo enemigo, triste y lamentable complicacion de guerras

domésticas! era su misma hermana doña Teresa de Portugal, la viuda de Enrique, que disimulada y astuta, despues de haber vivido en aparente armonía con su hermana, mas sin renunciar á sus pretensiones, habíase ligado secretamente con los partidarios de su sobrino, el conde Frolaz de Trava y el obispo Diego Gelmirez. Hallábase pues la reina de Castilla en Soberoso cuando se vió cercada por las tropas del de Trava y de su hermana Teresa. Necesitó de todo el esfuerzo de sus castellanos para salir á salvo de aquel conflicto, mas al fin, á favor de una salida impetuosa que desconcertó á los rebeldes pudo doña Urraca retirarse á Compostela y de allí á Leon (1).

Libres el de Trava y la condesa de Portugal con la ausencia de la reina, avanzaron hácia Santiago matando y cautivando hombres y recogiendo ganados. La alianza de la de Portugal con el ayo del príncipe su sobrino no era por cierto desinteresada. Valióle primeramente dilatar sus dominios por los distritos de Tuy y de Orense, donde ejerció por largo tiempo actos de señorío. Valióle ademas otra relacion que comenzó entonces y habia de hacerse en lo de adelante ruidosa y funesta, con harto menoscabo de su honra. Acompañaban al conde de Trava sus dos hijos Bermudo y Fernando. Entre este último y la condesa viuda de Portugal despertáronse, en medio de

(1) Hist. Compost. l. I. c. 111.

las fatigas y riesgos de aquella vida procelosa, aficiones que no eran políticas y que habían de producir en Portugal escándalos y perturbaciones hartó mayores que las que en Castilla habían movido las amistades y tratos de doña Urraca. Permaneció doña Teresa en Galicia hasta que los peligros con que los sarracenos amenazaban las fronteras de sus estados la obligaron á regresar á Portugal para acudir á su defensa.

Quedaba el obispo en Santiago para hacer frente á las hostilidades del conde en virtud del último pacto con la reina. Mas apenas ésta se había ausentado, estallaron de nuevo los odios de los compostelanos contra su obispo, al cual trataban con menosprecio insultante, tanto que tuvo que acogerse al amparo de la reina, á quien fué á buscar á Castilla. Recibióle doña Urraca con benevolencia, contra las esperanzas y cálculos de los gallegos: y tanta confianza puso en él esta vez, que después de haberle regalado la cabeza del apóstol Santiago el Menor que había traído de Jerusalem el obispo Mauricio de Braga, le dió la importante misión de negociar paces y restablecer la armonía entre la reina y su hijo y los condes de su parcialidad. Feliz el prelado en estas negociaciones que tanto interesaban á la paz del reino, á las cuales le ayudaron varios condes de Castilla con arreglo á lo que en una reunión celebrada en Sahagun habían acordado, ajustóse un pacto de reconciliación

liación entre la madre y el hijo, que firmaron treinta nobles por cada parte, jurándose mútua amistad, fidelidad y apoyo por espacio de tres años (1117).

¿Quién diría que el reino leonés no había de recobrar con esto el sosiego que tanto necesitaba? Y sin embargo en lugar de bonanza comenzaron aquí las borrascas mas tempestuosas. La reina partió otra vez á Galicia con deseo de abrazar á su hijo, que también la recibió con muestras del mayor contento; y después de este acto de tierna expansión dirigióse doña Urraca á Santiago con ánimo de castigar á los revoltosos enemigos del obispo. Tumultuáronse estos de nuevo, y tomando las armas hiciéronse fuertes en la catedral del Santo Apóstol. La nueva de que la reina y el obispo intentaban desarmarlos acrecentó su furor. Los que fueron á mandarles deponer las armas hubieron de perecer á manos de los sediciosos. Dentro del templo mismo se combatía con lanzas, saetas, piedras y todo género de proyectiles. Púsose fuego á las puertas y á los altares, y las llamas subían hasta la cúpula de la gran basílica. La reina y el obispo, no creyéndose seguros en el palacio episcopal, refugiáronse á la torre llamada de las Señales ⁽¹⁾, con su corte y sus mas fieles defensores y allegados. No tardaron en verdad los populares en invadir el palacio destruyendo cuantos objetos á su vista se ofrecían.

(1) *Confugiunt ad turrem signorum una cum comitatu suo.* Hist. Compostel. l. I. c. 114.

Acometieron seguidamente la torre en que la reina y el prelado se hallaban, y como las piedras y las armas arrojadas no bastasen á hacerse rendir á los ilustres refugiados, introdujeron fuego y materias combustibles por una de las ventanas bajas de la torre. El fuego, el humo, la gritería feroz de los amotinados pusieron tal pavor á los de dentro que creyendo llegado el término de su vida preparáronse á morir cristianamente confesándose todos con el prelado. La reina instaba al obispo á que saliese. «Salid vos que podeis, oh reina, contestó Gelmírez, puesta que yo y los míos somos el blanco principal del encono de esa furiosa gente.» Y era así que de fuera gritaban: «Que salga la reina si quiere; muera el obispo con todos sus secuaces (1).» Determinóse con esto la reina á salir, mas la ciega y frenética muchedumbre, perdido todo pudor y respeto, lanzóse sobre ella, y entre improperios y baldones maltratóla brutalmente hasta rasgar sus vestiduras, mesar sus cabellos y dejarla deshonestamente tendida en tierra. A poco rato salió también el obispo, disfrazado con la capa de un pobre que le proporcionó el abad de San Martín, y tuvo la fortuna de atravesar de incógnito por entre las furiosas turbas hasta ganar el templo de Santa María. Allí se acogió también la maltratada reina.

(1) *Regina si vult egrediat... ceteri armis et incendio* pereant. Ead. ibid.

Los ataques de la torre prosiguieron: precipitábanse unos de lo alto de ella huyendo de las llamas, perecian otros abrasados, contándose entre las víctimas un hermano y un sobrino del obispo. Buscábase á éste por todas partes; andaba el prelado de templo en templo y de casa en casa, escalando tapias, ventanas y tejados como un miserable ó como un criminal á quien persiguen los satélites de la justicia, buscando un asilo seguro y no hallando lugar en que pudiese reposar tranquilo, hasta que á vueltas de mil aprietos, de repetidos sustos y dramáticos lances en que frecuentemente se vió á riesgo de perder la vida, logró ser trasportado á un convento de las afueras de la ciudad (1). La reina no consiguió verse libre sino á costa de un pacto jurado con los disidentes, ofreciéndoles que les daría otro obispo y que todo se gobernaria en la ciudad á satisfaccion suya, y prometiéndoles que ratificarían aquel concierto el príncipe su hijo, el conde su ayo, y todos los magnates de su corte. Duró este pacto impuesto por la violencia, el solo tiempo que tardó la reina en incorporarse con las tropas de su hijo y del conde de Trava, que apostados á las afueras solo

(1) Los autores de la Historia Compostelana, amigos personales del obispo Gelmírez, ponderan la saña y el encono con que le perseguían los sublevados, buscándole hasta detrás de los altares de los templos, en los rincones y sótanos de las casas, profiriendo las amenazas mas horribles y los de-
nuestos mas injuriosos, llamándole tirano y opresor del pueblo, indigno del episcopado, etc. Horrórízala leer la relacion que de este tumulto hacen los referidos escritores, que eran dos canónigos de la catedral, testigos oculares de los sucesos.

esperaban saber que la reina estaba libre para embestir la ciudad, no haciéndolo antes por el temor de que aquella señora fuera sacrificada al furor popular. Luego que se vieron reunidos, la reina madre, el joven Alfonso su hijo, el prelado, el conde de Trava y todos sus parciales y seguidores, dispusieron á acometer la poblacion y á hacer expiar su audacia y sus excesos á los revoltosos. En vista de tan impetuosa actitud y pasada la primera efervescencia del tumulto, salieron los principales de la poblacion, canónigos y ciudadanos, los unos á implorar la indulgencia de la reina, los otros á suplicar al obispo alzára la excomunion que contra ellos habia fulminado. Menester fué para templar el grande enojo de los ofendidos lo humilde y lo porfiado de los ruegos: mas al fin, convenidos los insurrectos á influjo de los principales compostelanos en deponer las armas y disolver lo que llamaban su *germanía* ó *hermandad* ⁽¹⁾, en jurar fidelidad á la reina y al obispo y dar en rehenes cincuenta jóvenes de las familias mas distinguidas, accedió por su parte la reina á indultarles de la pena de muerte, limitándose á desterrar y confiscar sus bienes á ciento de los principales fautores de la rebelion, canónigos y ciudadanos, y á imponer á la ciudad una multa metálica. Entraron, pues, la reina y el obispo en Santiago; don Diego Gelmirez fué repuesto en su

(1) *Germanitatem suam, sci- trueret.*
licet *conspirationem*, omnino des-

silla apostólica: ordenóse la restitucion de las alhajas robadas, y la iglesia del apóstol y el palacio episcopal fueron reparados á costa de los insurgentes.

Mas prósperamente marcharon en los siguientes años los sucesos para el obispo Gelmirez que para la reina de Castilla y para el rey su hijo. Tiempo hacia que el ambicioso prelado andaba negociando elevar su silla á la categoría de metropolitana. Inútiles, sin embargo, habian sido sus gestiones con los papas Pascual y Gelasio. Vino en esto á alentar sus esperanzas la ocupacion de la sede pontificia por Calixto II. hermano que era del difunto Ramon de Borgoña, padre del tierno rey don Alfonso Raimunde. No desaprovechó el prelado de Compostela tan favorables circunstancias y relaciones para activar su pretension, valiéndose para ello no solo del influjo de los monjes franceses de Cluni, sus amigos, del obispo de Porto y de canónigos de Santiago que enviaba á Roma para gestionar su demanda, sino de otros medios menos evangélicos que sus mismos panegiristas nos han revelado, cuáles eran las remesas metálicas que por conducto de los canónigos de Santiago dirigia á la curia romana, no sin graves dificultades á causa de tener el rey de Aragon interceptados los pasos del Pirineo. «¿Quién podrá decir, esclaman con cándida ingenuidad los autores de la Historia Compostelana, cuánto ha gastado del tesoro del apóstol, y aun de su propio bolsillo, para ver finalmente